

alzando la voz para dominar el ruido que había, el negro José dijo: —Alisten el angelito, que ya la caja está.

En el rancho estas palabras fueron suficientes para que todos los negros y negras detuvieran sus cantos y conversaciones, y se dirigieran a una esquina, adonde en una tabla estaba muerto uno de los hijos de José. El rostro negro y tranquilo del muerto había bastado para el diagnóstico de todo el vecindario.

—Murió porque Dios necesita angelitos. ¡Como ahora hay tantos hombres malos!

Entre dos hombres transportaron la caja con el negrito muerto a un bote, pues tenían que pasar a la otra orilla, adonde quedaba el cementerio. Las mujeres lloraban, gesticulando entre gritos, y cuando el bote se alejó, río adentro y bajo la lluvia, en la orilla se escucharon los lamentos de las mujeres y la

gruesa voz de los hombres cantando.

Cayó más la lluvia mezclando el atardecer con la noche. El rancho se fué quedando vacío y las voces se perdieron con el golpetear del agua. El negro José regresó solo en su bote. Su traje empapado de agua se pegaba a su cuerpo y por la gruesa cara de duras facciones, resbalaban las gotas de agua dejando una estela brillante.

Cuando entró al rancho se quedó en la puerta mirando la esquina y en la esquina, la tabla. La luz del candil reflejó su rostro que fué suavizándose, dulcificándose hasta la resignación.

—Díay José —dijo la mujer— ¡está llorando!

—No mujé, é la lluvia ca caído to el día.

Fernando Figuls Quirós.

Costa Rica. 1945

## ESTA ES PANAMA

(Envío del autor)

Chiquita pero hermosa, joven pero fuerte y libre, nueva pero rozagante y llena de miras al porvenir, esa es la tierra mía. Se la ve dibujada en el mapa, diminuta y alargada sobre el tramo de un istmo, y se la señala en las escuelas extranjeras como el puente del mundo y como el sitio donde se levanta un canal ingente, obra de manos creadoras y amigas. Yo la señalo como el centro nervioso de la vida, como el amado suelo mío, como la hamaca blanca y dulce donde se meció mi primera existencia y donde se alarga feliz la otra época de mi vivir. Así es Panamá. Vibradora, despierta, pródiga y valerosa. Sería ante los peligros, brava ante la amenaza de sus enemigos, acogedora al inmigrante infeliz y al turista ávido de novedades y de inquietudes. Y para todos tiene el colorido de sus calles, el encanto de sus bosques, el ritmo de sus altas palmeras, la delicia inefable de sus aguas saladas y tibias, la seguridad de sus moradas atractivas, lo pintoresco de sus pueblos interioranos, que sirven para vivir, para reposar y para amar. Dichosa tierra que Dios bendijo, caro suelo istmeño, adorado rincón, deja que ensalce tus grandezas, deja que te alabe casi tanto como tú lo mereces. Tú eres sola y única en mi mundo. Quiero admirar siempre tu Avenida Central capitalina, tus torres fuertes que erigieron los bravos españoles de tiempos idos, tus parques llenos de sol y de árboles viejos, tus chicas endomingadas, tus montunos galanos, tus paseos, tus cielos, tus ríos frescos y profundos. Y así evoco a Miró, que te supo cantar como yo no lo puedo hacer. Y recuerdo a tus fundadores, que se han ido ya casi todos, y tus relatos históricos, donde palpitan al unísono el patriotismo y el arrojo. Crece, crece, Panamá, siempre airosa como una niña mimada de tu interior, y vístete de pollera con tembleques y collares en los días de fiesta. Y déjame ver siempre tus valles y tus montañas y celebrar tus glorias y tus ambiciones. En ti quiero vivir y en ti anhelo morir. Y ansío, cuando ya la vida se haya esfumado en mi pobre ser, que mis restos duerman por siempre en suelo panameño, en esa tierra pleotórica de gratos efluvios y de vivas promesas; en esa Patria de brisas y de sol, que amo por lo chica y por lo mía y porque lleva atado a sí, de un modo perfecto e inalienable, un jirón inmenso de mi alma.

Eduardo Maduro.

Panamá, octubre de 1942

## DOS POEMAS DE PABLO ROJAS GUARDIA

(Sacados del libro Trópico lacerado. Caracas. 1945)

### ENIGMA DE LA LUZ TROPICAL

No es la luz bailarina  
de la mañana,  
que juega a despertarme;  
ni es la puerta del cielo  
de la ventana.

No es el ruiseñor frutal  
de la manzana;  
ni la luz dominical  
de los duraznos,  
con esa piel de amada en vacaciones.

No es la luz campesina  
—de campesina alcoba—  
que brilla, ruborosa,  
en el pezón del mango;  
ni, tampoco, la extranjera,  
fría seda de la pera.

No es la adolescente de la fresa  
que se entrega encendida,  
y a escondida;  
ni la luz hospital de la guanábana.

No es luz anhelo de la palma  
en cuya cima  
otra raíz de luz inicia el vuelo;  
ni es la luz mariposa  
del bucare-acacia-cundeamor,  
donde juega a sangre de paloma  
el rubí de la flor.

No es luz paloma de la espuma,  
que se tiende en la playa  
como una sábana;  
ni es la ola, no, de la paloma,  
que hace una isla nieve de la loma,  
y espuma del palomar.

No es la luz de la nieve,  
que madura,  
despoja a los valles de sus ríos;  
ni la del río,  
que no puede llevarse las estrellas.

No es la luz  
—reposo y prisa—  
del agua estancada,  
que es un viento que detuvo el vuelo;  
ni la de espantapájaros de la rama abatida;  
ni la que vive, dormida,

en piedra, noche, mueble, mina,  
y en el fondo del mar.

No es la luz del hilo  
—¡tan delgada!—  
que ilumina el ojo de la aguja;  
ni la de la llave,  
que engeguece el de la cerradura  
e ilumina la puerta.

No es la luz emoción  
de su mirada,  
donde un pájaro canta  
para mi corazón;  
ni la abrasada luz magia de sus manos  
que en la obscuridad  
decora el lecho donde caeremos...

Es la luz agonía  
en donde muero y renazco,  
cada día.

Y la que bate los flancos  
del poema,  
¡y no aprisiono!

### SOLO EL VIENTO TE BESO LA ROSA

Con los dedos apenas comenzando  
el redescubrimiento de tu cuerpo;  
con las rotas palabras secas alas  
aleteando sobre tus senos y la tarde;  
con ardores tan sólo, con temores,  
me acercaba hasta la rosa  
que yo soñaba en ti, mi amada.

Tú estabas bajo el árbol del crepúsculo  
deshojando los fuegos de la tarde  
y los contactos míos deshojando:  
apartabas colores, y suspiros,  
olvidada del mar, y mis premuras,  
con los ojos ya turbios, como llaves  
que te abriesen las puertas de la dicha.

Una escarcha de amor vistió tus poros.  
Y el fuego sangre que incendió mi cara  
en fauno afán de brisa crepitaba  
en la tarde de estampa virgiliana...  
¿Qué túnel de catecismos y dolores  
abrió de pronto en ti su negro velo  
que sólo el viento te besó la rosa?

En San Juan de Puerto Rico  
consigue Ud. la suscripción a  
este semanario con:

A. VICENTE & Co.

P. O. Box 241

En Caracas, la consigue con:  
Doña CELIA DE MADURO

Apartado 481.